

FERNÁN SILVA VALDÉS



CRA
U 861
SI

Financero del Sur



5-100

bound
8139.

ROMANCERO DEL SUR

CRA
0861
SI

FERNÁN SILVA VALDÉS

ROMANCERO DEL SUR



1849

Colección
REAL DE AZÚA

A. MONTEVERDE Y CÍA. — "PALACIO DEL LIBRO"
25 DE MAYO, 577. — MONTEVIDEO

1849

ROMANCIERO
DEL SUR



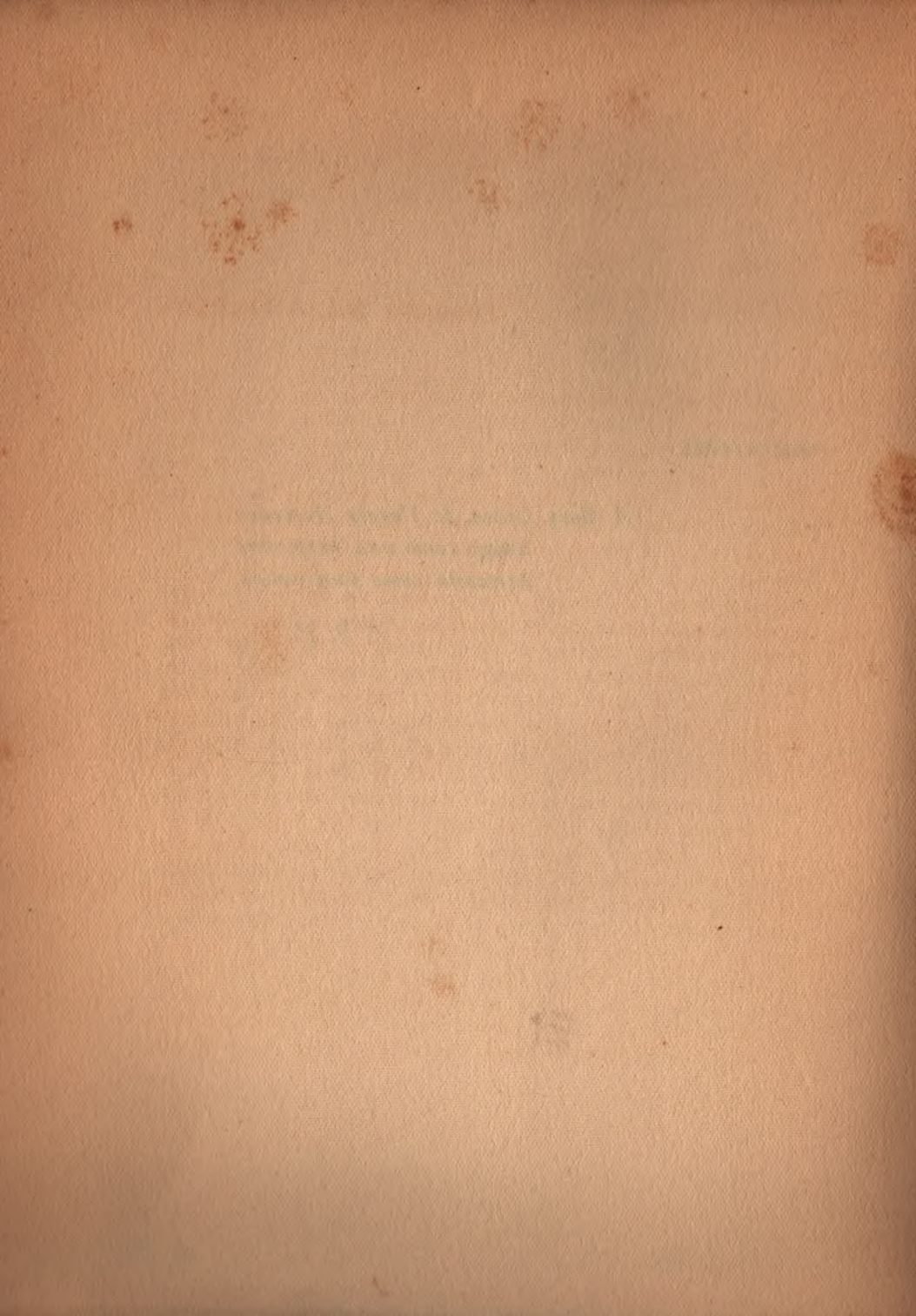
LIT E32 B

MFN: 703

DEDICATORIA.

*A Rosa Lanza de Varela Acevedo:
amiga como una hermana;
hermana como una amiga.*

F. S. V.



Fernán Silva Valdés

Es uno de los grandes poetas de América.

Y entre los grandes, uno de los cuatro o cinco cuya voz suena con un acento más propio y una virtud más comunicativa. Siempre nuevo y vario, su verso se nos antoja una revelación. Luminoso, imaginativo, — cada una de sus imágenes es tal que una sorpresa de cuento oriental, — nos procura paso a paso un deslumbramiento. Además, posee la virtud poco menos que sobrenatural de encerrar siempre dentro de la estructura de sus estrofas, esa música indefinible y arrulladora que nos viste el espíritu de profunda emoción: no esa música común de los poetas que radica en la métrica del verso o surge del tintineo de los consonantes; tampoco esa otra, más honda, pero siempre superficialmente retórica, que emana del concierto de las palabras sonantes como campanas o de la ensambleadura de los períodos que consienten el pasaje de un murmullo de pinos, — sino esa música alada, imponderable, verdaderamente augusta, que viene de la misma entraña del poeta y filtra en su elocución, sin tener nada que ver con la materialidad del lenguaje, y se expande como un aroma en torno de nuestras sienes, y tal que un aroma también nos aduerme, haciéndonos sentir sensaciones ignoradas o dejándonos el presentimiento de que nos ha visitado el espíritu mismo de la belleza arcana. Fácil, numeroso, nos dice las cosas más difíciles de decir con la sencillez y soltura del niño que nombra la divinidad. Premioso y medido en la pintura de su pensamiento, nunca emplea palabras que huelguen ni adjetivos de relleno: lo que ha de expresar, queda expuesto en términos justos, escuetos, definitivos. Así su dicción (jamás trivial, nunca oratoria, mucho menos todavía pedantesca o relamida), es de una severidad

y armonía de líneas que rememora la belleza de los mármoles eternos. En este poeta modernísimo, que canta las cosas del terruño nativo y las cosas más vulgares de la vida, tiembla algo de aquel soplo primaveralmente eterno que hizo toda la gracia del mundo heleno.

Y es, por sobre todo eso, una voz nueva. Tal vez un espíritu zahorí, empeñado en confrontar valores literarios, encuentre el vate que le aventaje en la reciedumbre del verbo, el que le supere en la delicadeza del sentimiento, el que se le hombree por el fausto de las imágenes, o la profundidad de las ideas, o la sonoridad del verso; pero yo no encuentro uno — y creo conocer bastante la lírica de todas las repúblicas suramericanas — que posea como él una tan indiscutible originalidad, una inspiración más genuinamente terruñera, un timbre más humano y emotivo. En la voz de los más grandes y magníficos de nuestros poetas hay siempre un eco o una resonancia; algo que siempre denuncia el imperio lejano de otra voz venida, al través del tiempo o la distancia, de las viejas civilizaciones europeas. En la voz de este cantor criollo que ahora me ocupa, no se advierte ninguna otra voz anterior: él habla “con toda la voz que tiene”, pero con su propia voz, con su acento, con su timbre: sencilla y espontáneamente, al modo como el pájaro de nuestras selvas, ignorante del canto de otros pájaros. Y en ese instintivo más que deliberado propósito de ser él mismo, de no remedar a nadie, de tener una propia fisonomía y una palabra propia, radica tal vez la mejor parte del éxito. Silva Valdés, el más joven de los poetas de nuestro continente, — en todo caso, el más recientemente llegado al coso de las letras, — es un triunfador que ha logrado salvar las fronteras del solar nativo para imponer la suprema calidad de su verso nunciatorio en tierras extrañas, allí donde nada valen las amistades o influencias de cenáculo, allí donde sólo se logra la primacía por el propio valimiento. Esa virtud imperativa y dominante de la “originalidad”, en tanto que creacionismo artístico, es, por lo demás, innegable. Donde, como fruto de un soberano ingenio, se dan tesoros de imágenes deslumbrantes, ricos veneros de pulidas ideas, música, elegancia y suntuosidad verbal, no quisiéramos hallar, las

más de las veces, para brindar nuestra aprobación a tan trabajado esfuerzo, sino una miaja de originalidad. Todo el magnífico aparato antójasenos hueco justamente porque falta lo esencial, la osatura que dé un cuerpo a las vestimentas del muñeco. Y es inútil entonces que para engaño del espectador, reemplacemos la criatura de carne que debía haberse creado por el primer manequí de mimbre cogido en las bien surtidas tiendas de los modistos españoles, italianos, rusos o parisinos. El ánimo crítico que se cela dentro del más desprevenido lector, siempre experimentará aquel fenómeno de representación mental que hubo de experimentar Fontenelle cuando, oyendo leer los versos de un poeta, se quitaba, de tiempo en tiempo, respetuosamente el sombrero: “¿Qué hacéis?”, le preguntó el vate, y Fontenelle respondió con convicción: “Saludo a antiguos conocidos”.

Es evidente de toda evidencia que la gran mayoría de los poetas de América, aun los que gozan de mayor nombradía por su estro, elegancia y fuerza emocional, — vamos, los que podrían denominarse “internacionales”, porque son reverenciados por todo el continente, — es evidente, digo, que la mayoría de nuestros poetas han hecho florecer su ingenio a la sombra tutelar de otros númenes extranjeros. América, muy joven en el concierto de las naciones civilizadas, no se respalda como éstas, las del viejo continente, en siglos y siglos de cultura lentamente elaborada y asimilada. Durante las diversas etapas de su evolución intelectual se ha ido amoldando, un poco ocasionalmente, a las corrientes de ideas venidas de fuera, y dentro de esas corrientes, los poetas han ejercitado sus facultades y dado suelta a su inspiración. Algunos, extraordinariamente dotados por la naturaleza, han superado y obscurecido a sus maestros y modelos, — tal ha acontecido en los casos de Rubén Darío y Julio Herrera y Reissig; — otros, no menos videntes y meritorios, convirtiendo en substancia propia el módulo ajeno, han sabido derivar de lo asimilado, modos, formas y creaciones distintas con rasgos de una cierta originalidad, — así en los casos de Almafuerte, Amado Nervo, Gabriela Mistral, Pedro Prado, Santos Chocano; — otros en fin, sin esfuerzo ni empaque alguno, antes bien, con una gallardía

que certifica lo espontáneo y natural de sus crebraciones, siguieron las viejas y trilladas carreteras con tan varonil arranque de creadores que en sus labios los motivos de las viejas canciones fueron lo mismo que la eclosión de otras tantas nuevas primaveras, — así, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Eduardo de la Barra, José Asunción Silva, etc. Los poetas americanos, — entiendo decir, los hispano-americanos, — no son “creadores”, en el estricto sentido del vocablo (crear, sacar algo de la nada; hacer algo aun no hecho; imaginar lo no imaginado hasta entonces), porque es indudable que no han inventado un verbo nuevo; no han lanzado a la vida del arte una fórmula, idea o escuela original; no han traído una directriz propia que origine una renovación de las conocidas o tradicionales. Pero sería incalificable injusticia desconocer que han sabido construir, acomodándose a los moldes importados de las viejas civilizaciones, toda una literatura de subidísimos quilates, una literatura que muy poco o nada tiene ya que ver con la literatura española, no obstante la comunidad del idioma. Cuando el insigne polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo nos habla en su divulgada *Historia de la poesía hispanoamericana* de la poesía de nuestro continente como de una rama de la poesía castellana, vinculada, en su sentir, por el lazo indestructible del lenguaje, se engaña a sí mismo con una falacia de juicio, pues no es tan sólo el distintivo de un idioma propio el que hace la independencia de una literatura: siglos y siglos perduró el latín sobre el mundo antiguo, y aun sobre el del medioevo, después de desaparecido el pueblo romano, dando nacimiento a otras literaturas que nadie podría hoy considerar como ramas filiales de la antigua literatura del Lacio. Otros hombres, otras ideas; otros tiempos, otras civilizaciones; otras comarcas geográficas, otros climas, otras condiciones de vida, materiales y espirituales, crean, aun cuando sea la misma lengua y persista el elemento de la sangre, otras reacciones sensoriales, otros impulsos de la volición, otra idealidad, otra realización. Acaso, el tipo actual del suramericano sea la criatura más diferenciada del tipo español entre todas las criaturas, no obstante los vínculos raciales e idiomáticos.

Volviendo a nuestro comentario. La poesía hispanoamericana, siguiendo las normas generales de los tiempos, ha sido sucesivamente "clásica", "romántica", "parnasiana", "decadente", etc. Desde luego, durante el período del coloniaje, los conquistadores fueron los únicos que impusieron su ley, y los pocos sujetos que consagraban sus ocios a mantener amables tratos con las Musas (clérigos, asesores, leguleyos) no tuvieron mas premioso cuidado que el de ajustarse a los cánones literarios imperantes en la península. Toda su literatura fué una literatura española de ultramar. Ya en las postrimerías del coloniaje, los espíritus que respondían al sentimiento nativo, — es decir, los criollos, los nacidos en estas nuevas tierras, hijos de españoles, pero en el fondo fundamentalmente americanos, — siguieron en vasallaje espiritual, y no adoptaron por modelos sino los que podían estudiar en los colegios y conventos donde se educaros e hicieron sus pininos literarios, es decir, Rioja, Quevedo, Lope de Vega, Villamediana, ingenios del siglo XVII, y los del XVIII, Cadahalso, Iglesias, Meléndez Valdez, Cienfuegos, Jovellanos, Moratín, Quintana. Por muchos y largos años, estancadas las corrientes literarias en el cauce del clasicismo (de ese clasicismo español tan venido a menos en el siglo XVIII), los altos ingenios que se produjeron en tierras de América, aparecieron marcados por el sello del más férvido españolismo. Para convencerse de ello, basta leer la "Silva a la agricultura de la Zona Tórrida" de Andrés Bello; el mismo canto "A la victoria de Junín" de José Joaquín Olmedo; la poesía de asunto regional "Al Niágara" de José M^e Heredia; los "Epigramas" y "Toraidas" de nuestro compatriota Francisco Acuña de Figueroa. Pero, cumplido el ciclo de la independencia y haciéndose más y más frecuentes las relaciones de estos países, ya desvinculados de la dominación española, con otras naciones europeas, empieza la influencia de otra cultura, verdaderamente cosmopolita. Con la revolución literaria de 1830, América descubre a Alfredo de Musset, Lamartine y Víctor Hugo, a Byron, Gœthe y Schiller, a Espronceda, José Zorrilla y Larra. Entonces, en tierras de América, comienzan a resonar las grandes voces de sus aedas "románticos". Canta el uno la gesta emancipadora, el escala-

miento de los Andes por los escuadrones libertadores entre un revuelo de banderas y un resplandor de sables, con acentos broncíneos que trascienden la oratoria desmelenada de los tribunos girondinos; canta el otro las pompas feéricas de los escenarios tropicales con el lirismo iluminado de *Los Natchez*. Aquél, nos hace ver la infinita amargura de la existencia y la inanidad de todas las cosas humanas con los brumosos colores del pesimismo leopardiano; éste, solicita el amor de una mujer inalcanzable con la fiebre y el arrebató de un Werther. El uno, es pindárico, el otro, elegíaco; quien bucólico y pastoril, quien épico y marcial. El tropo impera como un sol deslumbrador. La descripción coloreada y abundosa desborda en cuadros hinchados de metáforas e hipérboles. En las trovas de amor el corazón destila hasta su última gota de sangre. Las rimas, no por vulgares o comunes, dejan de sonar como sistros en una fiesta pagana. Y entonces, en ese mediodía aurisolar de la floresta americana, se alzan los cantos de los dioses coronados de rosas: Olegario Andrade, el grandilocuente pontífice de "Atlántida"; Salvador Díaz Mirón, el tonante Júpiter mejicano; Gutiérrez Nájera, el sentimental y delicadísimo "Duque Job" de los madrigales, remembranzas y elegías; Juan de Dios Peza, el emocionado rapsoda del hogar; Manuel Acuña y Manuel M. Flores, los líricos encendidos de amor como amapolas sufrientes; José Mármol, el iracundo Juvenal de la tiranía rosista; Juan Zorrilla de San Martín, el aeda de la patria, el evocador de la raza aborígen desaparecida, el bardo patriarcal de la lira de bronce. Y con éstos — los más difundidos — los no menos inspirados y grandes Esteban Echeverría, Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido y Spano, Joaquín Castellanos, Rafael Obligado, del parnaso argentino; Adolfo Berro, Juan Carlos Gómez, Antonino Lamberti, Gervasio José del Busto, Carlos Roxlo, del parnaso uruguayo; Julio Arboleda, Rafael Núñez, Mario Valenzuela, Rafael Pombo, Diego Uribe, de Colombia; Numa Pompilio Llona, Julio Zaldumbide, del Ecuador; Guillermo Matta, Martín José Lira, Carlos Morla Vicuña, Adolfo Valderrama, Eusebio Lillo, de Chile; Esteban Borrero Echeverría, José Varela Zequeira, Francisco Sellén, Rafael Merchán, José Clemente Zenea, de Cuba; Cecilio Acosta, Abigail

Lozano, José Ramón Yepes, Francisco G. Pardo, de Venezuela; Clemente Althaus, Manuel Segura, Manuel Corpancho, José Arnaldo Márquez, del Perú; Santiago Vaca Guzmán, Manuel J. Cortés, de Bolivia; Justo A. Facio, de Panamá; Pichardo, de la R. Dominicana; Batres y Montúfar, de Guatemala, etc., etc., — cuya nombradía igualara, tal vez, a la de los citados antes si fuera más perfecto el conocimiento que los pueblos americanos tienen los unos de los otros. Y el númen poético de hispanoamérica ha sido, finalmente, modernista (es decir, “parnasiano”, “simbolista”, “decadente”), cuando en Francia se oyó el verbo impasible de Leconte de Lisle, o la siringa panida de Paul Verlaine, o el credo hermético de Mallarmé y dieron en el arte de encender vidriales, reproducir las nieblas milagrosas de las comarcas submarinas y visitar los jardines estelares, constelados de gemas ígneas, el egregio portalirá nicaragüense, el rajá fabuloso de *Las montañas del Oro*, el renovador audaz de la métrica lírica Ricardo Jaymes Freire, y todos esos deslumbrantes pontífices de las misas milagrosas que se llaman Guillermo Valencia, José Asunción Silva, Julián del Casal, Leopoldo Díaz, Julio Herrera y Reissig.

Descripto el cuadro general de la lírica hispanoamericana, no por sucinto y esquemático menos fiel y verdadero, fácil nos será ahora justipreciar la categoría y significación del estro de este poeta que ahora me ocupa. En medio de ese panorama de portaliras siempre sujetos a un cánón o regidos por el ejemplo de sus maestros extranjeros, Fernán Silva Valdés aparece tal que un extraño caso de excepción, un fenómeno de individualismo exacerbado, un tipo único, aislado, curioso. Si no fuera el temor de parecer pintoresco tratando cuestión tan importante, diríamos que en este númen original se da, como por virtud de extraño antropomorfismo, la rebeldía e independencia del indio hecha materia poética. Tanto premioso cuidado en desligarse de extranjeras influencias y tan evidente propósito de ser, en el pensamiento y en la dicción, autóctono, racialmente americano, nos vuelven este poeta de ahora, culto y civilizado, en un verdadero aborigen, encendido con todas las llamas que le llegan del solar nativo. Puede, así, afirmarse, sin temor a un

desmentido, que Silva Valdés es el poeta más americano entre todos los del continente.

En las nuevas generaciones, venidas después de las que hemos contemplado anteriormente, se ha hecho visible el esfuerzo para romper con los viejos moldes tradicionales y revestir el verso con un acento propio, más en consonancia con las inquietudes de la hora y la sensibilidad nueva. Laudable intención y meritorio esfuerzo. Pero, cabe advertir que las más de las veces si el propósito fué bueno, la realización resultó tan magra y servil como antes, porque los jóvenes poetas, a la manera de sus antecesores, comenzaron por ceñirse a un yugo o por alistarse en los cuadros de un falansterio. Del mismo modo que los vates de antaño fueron sacerdotes fidelísimos del clasicismo, del romanticismo, del decadentismo, estos de ogaño, tomando a su turno por modelos a Apollinaire y Marinetti primero, después a Jean Cocteau, Max Jacob, Pierre Reverdy y Nicolás Beauduin, dieron en el "ultraísmo", el "dadaísmo", el "super-realismo", el "simultaneísmo" y otras zarandajas por el estilo, que pueden ser cosas admisibles o explicables en los creadores de tales fórmulas, pero que resultan evidentemente simples actitudes simiescas en los discípulos, imitadores y corifeos. Así, por virtud de ese funesto vasallaje espiritual, con el cual los escritores de América aparecen siempre contraloreados por un meridiano que no es el de sus tierras, malograron sus virtudes creacionistas buen número de jóvenes poetas. ¿Cuántos nombres sobrenadarán en la ola de olvido que vendrá a barrer toda esa literatura fugaz, de un momento transitorio, vacua, sin raigambre ideológica, retorcida y a veces disparatada? ¿Media docena? Tal vez no nos quede más que uno, — el nombre de Vicente Huidobro —, si a tanto alcanza la buena voluntad.

Pero, entre toda esa juventud desorbitada, algunos espíritus claros, seguros de sí mismos, sinceros e independientes, se apartaron de las modas importadas, de los modelos exóticos, y buscaron su ruta, su camino de Damasco, dentro de sí mismos. Esos, sin ningún género de duda, son los que quedarán, porque nos han dado, sencillamente, honradamente, la moneda acuñada por su propio arte, no la copia

servil de una moneda ajena; — y esos, todos lo sabemos, se llaman Evaristo Carriego, Ernesto Guzmán, Arturo Capdevida, Sábat Ercasty, Juan Parra del Riego, Enrique González Martínez, Alfonsina Storni, Ramón López Velarde, Fernández Moreno, Juana de Ibarbourou y algunos pocos más así, de verdadera alcornia intelectual. Y entre esos, y no el último por cierto, ya que es, por lo menos, el más original, en el sentido absoluto de la palabra, Fernán Silva Valdés.

Fernán Silva Valdés, que hizo su debut literario con un tomo de versos intitulado *Anforas de barro*, allá por el año 1913, escrito evidentemente bajo la influencia de Darío, Lugones y Herrera y Reissig, y que un poco más tarde, en 1917, todavía embriagado por los licores decadentistas, insiste con su segundo libro, *Humo de incienso*, en la preceptiva de una retórica ya en ese entonces bastante "démodé", reacciona de golpe como bajo el deslumbramiento de una brusca revelación. Sin vacilar un punto, escoge su nueva ruta y emprende la marcha con ánimo avasallador. En un solo momento, sale de la sombra y despierta a la luz. Con una certeza íntima y profunda, descubre el error en que vivía su espíritu y la verdad que se le ofrece ante los ojos. Entonces, varonilmente, sin asomos de egolatría — verdadera "catarata" de la inteligencia en los escritores mediocres, — reniega sus libros primigenios, tan contrarios a su propio temperamento, y se apresta para decirnos su nuevo credo.

Ese credo no lo ha escuchado de otros labios. Esa nueva poesía que ahora canta dentro de su ser no la ha aprendido de otros poetas. Es algo propio; algo que le brota espontáneamente de lo más íntimo de la entraña. Es su verdad. Es una cosa suya. Es él mismo: él, el criollo, el indio aborigen, que siente correrle por las venas los jugos de su tierra, y quiere ser él, el indio, el criollo, cantando su suelo y su raza. Y así, de golpe también, da ese salto enorme de que ha hablado Juana de Ibarbourou, que le traslada desde el vulgar amontonamiento de los poetas versallescós hasta el picacho enhiesto y solitario que consagra una reputación. Su nuevo libro — digamos, su primer libro, — lleva este nombre: *Agua del tiempo*.

Agua del tiempo es un jalón, un marco divisorio en la literatura hispanoamericana: señala el fin de una secular tradición y el principio de una nueva era. Su nuevo verbo, claro, preciso, deslumbrante, dice que en tierras de América ha concluido el vasallaje espiritual; que sus hijos, independientes políticamente de mucho atrás, recién ahora se hacen un alma propia para pensar y sentir poéticamente por su cuenta. *Agua del tiempo*, hablándonos de nuestras cosas, de nuestros problemas, de nuestros más íntimos sentires, es el Nuevo Testamento de los poetas del continente.

¿Cómo llegó a imaginar Silva Valdés esta substancial reforma de la lírica que ha hecho carne de belleza la sensación ruda del hombre primitivo y ha encendido un resplandor de astro en el fondo de la más humilde ciénaga del terruño? Yo no hallo otra explicación sino la común y lógica que viene al ánimo del psicólogo en trance de hurgar el misterio de las cerebraciones. Pensando siempre en lo mismo, vale decir, en el tema de las habituales especulaciones espirituales — para valernos de las mismas palabras de Newton cuando explicaba el procedimiento que había seguido en su busca de las leyes de la gravitación, — nuestro poeta, meditando constantemente en la manera como nuestros cantores criollos expresaban sus más íntimos sentimientos y reflexionando al propio tiempo sobre la manera cómo los grandes vates hacían arte literario, llegó a obtener, tal que una demostración, la conciencia perfecta de que en la entraña de las cosas más vulgares y simples, y aún en la de las más torpes y bajas, existe una chispa de luz, una partícula de belleza, una molécula de emoción, factible de ser transformada en substancia de belleza a poco que el reactivo del arte — o si se quiere, del talento, — aparte las materias prosaicas y disuelva su grosería y estulticia. Al modo como Emilio Zola pudo decir un día que no existe asunto inmoral cuando es tratado con inteligencia, nuestro joven reformador se dijo sin duda que no había realidad circundante, por tosca que fuere, que no pudiera ser trocada en poesía si se la modelaba con las herramientas del arte. Entonces, puesto a ensayar su concepción, cogió los raciales atributos del gaucho (su rudeza, valentía, orgullo, independencia, respeto a la palabra em-

peñada, bravura y desprecio de la vida, fiereza e insensibilidad ante los cuadros de sangre, etc.), y buscó en la mota de barro la gotita de luz divina que hace grande al miserable, que es lo mismo que hallar la razón eficiente de las cosas y de los tipos sociales. Cogió luego las modestísimas prendas del gaucho (el poncho, el facón, el mate, las nazarenas) y sus útiles y bienes (el rancho, la carreta, la taba, el clarín, los potros), y hurgó en su miseria y vulgaridad, en sus pobres trazas y contornos grotescos, para sacar a luz la esencia poética que se esconde detrás del prosaísmo de lo útil, de lo bueno, de lo verdadero. Y cogió enfin la parla del gaucho, sus peculiares modos de decir, toda esa verba hecha de imágenes representativas y de transgresiones a la gramática, y a la manera como una moza agraciada vuelve simpático su ceceo o un guerrero transforma las líneas rudas de su rostro en perfiles roqueños de trágica grandeza, hizo de su verso, amasado con tan toscos materiales, una crátera historiada llena de hidromiel, un vaso de perfumes, una copa de eucaristía.

Es que Fernán Silva Valdés ha sentido con imperio irresistible las solitaciones del terruño. Todas las voces minúsculas de la naturaleza están en él; todas las vidas primarias; todos los sentimientos y emociones sencillos y apenas esbozados. Por sus venas corre en raudales de fuego el sol de nuestras praderas. En su pecho hacen nido, como palomas que vuelven al monte al declinar de la tarde, los errantes perfumes de los yuyos silvestres, el lejano aliento de los trebolares. A su oído vigilante y amigo llega el concierto de los pájaros criollos, amigos del paisano, que anidan en la cumbre de su rancho o se esconden en la fronda vecina o van a bañarse en el remanso del arroyo. En sus ojos está toda el alma del paisaje. Y así como el árbol, hundiendo sus raíces en el seno de la tierra, recoge de ella sus jugos vitales, y nutrido de ellos se expande en profusión de brotes y de ramas, y se empenacha de hojas y guirnaldas, y culmina en profusión de frutos, que devuelven a la luz del cielo en realidad manifiesta las substancias químicas ocultas y dispersas en las subterráneas galerías, así el poeta, nutrido con todas aquellas fuerzas elementales de su solar nativo, florece en cantos que trascienden el más hondo, profundo y emotivo regionalismo.

Pero no basta *sentir* el terruño. No basta *comprender* sus hombres. No basta *fraternizar* con ideas, costumbres y sentimientos de tiempos pretéritos, traídos por memorias tradicionales hasta nuestro corazón. Ahora es preciso expresar todo eso y perpetuarlo en el verso. Aquí, justamente, es donde surgen las dificultades.

He ahí un hombre que siente profundamente las cosas de su tierra: conoce bien al gaucho, ha hurgado bien a fondo en su psiquis, interpreta con rara fidelidad sus actos y palabras; enamorado de las prácticas camperas, experimenta las mismas sensaciones que el gaucho ante el cuadro de una "doma", la disparada de una "tropa", una jugada de "taba" o la marcha nocturna de una "partida" revolucionaria por los campos desiertos; ansioso de ser, a su turno, siquiera sea por un instante, uno de los gauchos de la tradición, lleva con soltura las prendas de vestir camperas, monta lindamente a caballo, aunque sea arisco o "bagualón" y churrasquea "a mano", sin tenedor, escogiendo bien el trozo donde pegar el tajo. Entonces, si este buen criollo sabe "aparear" consonantes y se goza en distraer sus ocios cantando las cosas del terruño, indefectiblemente lo hará de una de estas dos maneras: o se expresará — por falta de una mayor cultura retórica — con toda sencillez y espontaneidad, sin cuidar mayormente el estilo y la gramática, así como lo hacen los "payadores", los troveros campesinos, las gentes del pueblo; o se producirá — por sobra de lecturas literarias y conocimientos retóricos — con galanura y artificio, mechando metáforas y comparaciones en su elocución, siempre preocupado de hacer literatura.

En otro estudio he procurado diferenciar prolijamente lo que debe entenderse — en el género de la poesía gauchesca — por poetas "cimarrones" y por poetas "doctores". No tengo porque volver sobre ese tema, que presumo haber agotado. Baste decir aquí que si el escritor se siente antes que nada escritor, es decir, si da primacía a la retórica sobre la esencia misma del criollismo, nos dará una obra de arte general, sin carácter propio, poco menos que extraña al criollismo. Es lo que les ha acontecido a Esteban Echeverría con *La Cautiva* y a Ricardo Gutiérrez con *Lázaro*, en la Argentina, y es lo que les ha pasado, aquí en el Uruguay, a Magariños Cervantes

con su *Celiar* y a los versificadores de *El Fogón* con sus décimas, romances, relaciones, vidalitas, contrapuntos y demás composiciones gauchescas. Toda esa poesía de poetas ciudadanos metidos a gauchos, de espíritus cultos remedando a los viejos cantores rústicos o populares, huele más a Hermosilla y Coll y Vehí que a fogón. La preocupación de hacer "estilo florido" según el cánón romántico, desplaza totalmente la realidad y nos aleja de la emoción terruñera. Por ello, a pesar de todos sus defectos, de su crudo realismo, de su estilo desmañado, les preferimos a estas cultas composiciones las de Hilario Ascasubi, José Hernández, el Viejo Pancho, etc. Estos nos representan el gaucho en rudos brochazos de color; cantan como el zorzal, espontáneamente, sin música aprendida: aquéllos, con sus historietas románticas, sus décimas enruladas y toda la chafalonía gauchesca de que hacen gala en sus dícharachos y comparaciones, no nos dan ni remotamente siquiera la emoción del terruño.

Silva Valdés tuvo la intuición de que aquella poesía popular, ruda y sencilla, podía ser convertida en verdadera poesía — en poesía de arte superior —. Para lograrlo, era menester, desde luego, conservar como "fondo" — digámoslo así — la materia o asunto criollo, eludiendo el "cliché" vulgar, la comparación sobada, toda terminología denunciadora de un léxico gaucho de bolsillo; y era menester, después, arbitrar una "forma" superior de expresión, sin retoricismo ni alifafes líricos, profunda y verdadera. Buscando la fórmula que consintiera aquella transformación, Silva Valdés creó sencillamente el "nativismo".

Para elevar a la categoría de verdadera poesía lírica el género poético gauchesco, se requiere, ante todo, que el escritor sepa refundir en un todo único, indisoluble y armónico, el espíritu y la forma, el asunto y la expresión, el criollismo y el lirismo. Es preciso que el poeta no exceda al gaucho, ni que el entendido en las cosas camperas aventaje al manipulador de tropos y consonantes. Ambos deben constituir un alma sola: el poeta, sin dejar de serlo un solo momento, ha de saber sentir como un criollo, y el criollo a su vez traducirse como un poeta. Sólo a condición de ese equilibrio per-

fecto, la poesía gauchesca abandonará su humilde sayal para revestir la túnica de la alta lírica sin dejar de ser legítima poesía criolla.

En la doctrina nativista, pues, el escritor ciudadano no se hace el gaucho, no finge una condición social que no le asiste, no muda en una palabra su personalidad. Modela, trabaja la arcilla criolla — rural o urbana — con perfecto dominio, porque conoce todas sus características y virtudes; le infunde el soplo de su propia emoción, porque siente al terruño como hijo que es de él, y emplea en la realización una técnica moderna, universal, es decir, desvinculada de escuelas, modas y maneras literarias. En tal arte, es más lo que se sugiere que lo que se dice; más lo que se evoca que lo que se pinta. Acercándose así al arte medular, la profusión verbal, las largas descripciones, la tan zarandeada terminología gauchesca, son substituídas por esas metáforas sencillas, exactas, representativas, de una claridad de relámpago deslumbrador. Tales metáforas deben, por lo demás, ser originales, es decir, nuevas, — porque la novedad, como nos lo enseña la más elemental estética, impresionando de improviso el espíritu del lector, si es bella y exacta, ensancha los horizontes del conocimiento y nos procura el sentimiento de haber acrecido nuestro caudal espiritual: gustamos una novedad por lo que encierra de sorpresa grata y por el descubrimiento que nos ofrece de lo que ignorábamos o no se nos había ocurrido.

Pero el "nativismo", tal como lo ha concebido Silva Valdés, no es una cosa inmutable en el tiempo. Hasta ahora, es verdad, se ha considerado siempre el criollismo como un fenómeno social típico, definido, invariable; y es ese un error que ahora viene a revelar nuestro poeta con sus poemas al "gringo", — al extranjero, al inmigrante, que se incorpora a nuestro medio. Hemos considerado, equivocadamente, que el gaucho ha sido siempre el mismo, y nos hemos hecho, para nosotros mismos, un tipo "standart" del hombre de nuestros campos, porque no hemos sabido observar la realidad ni atender a las transformaciones históricas del criollo. Durante los últimos tiempos del coloniaje, los primeros gauchos que se alejaron de los centros sociales, — hombres de trabajo y hombres de presa,

hijos de familia "malas cabezas" y desertores, contrabandistas e infractores de la ley, que perseguían la autoridad del preboste, — formaron un tipo, bien diferenciado del gaucho que vino mucho más tarde, al que los españoles designaron con el nombre de "gauderios". Luego, todas aquellas gentes que vivían un tanto nómades en nuestros inmensos desiertos campesinos, dedicados a la ganadería, o asaltando convoyes de carretas, o robando "chinas" en los poblados aislados, entremezclando su sangre con otras gentes extrañas — con el indio aborigen, con el negro, con el brasilero cuarterón, etc. — dieron origen a otro tipo, ya bastante diferente del primer tipo gaucho; y cuando llegó la gesta heroica de la primera independencia, en la montonera artiguista aparece el tipo del "tupamaro". Más tarde aún, durante las cruentas guerras civiles que ensangrentaron nuestras cuchillas, aparece un nuevo tipo de gaucho, el verdadero gaucho criollo, el que en la Argentina pelea en la conquista del Desierto y al que ha pintado definitivamente Hernández en su Martín Fierro, y el que aquí, en el Uruguay, conocemos por sus rasgos de bravura, de lealtad, de sacrificio y de honradez en las horas de guerra y en las horas de paz. Y más tarde todavía, ya en nuestros días, como quien dice, aparece un nuevo tipo del personaje, ese gaucho semi-ciudadano, mitad caudillo mitad político, que el Viejo Pancho nos ha pintado vistiendo pantalón, calzando zapatos con "breetches" y concurriendo en auto a los rodeos.

Pues si tanto ha variado con el correr del tiempo nuestro gaucho, ¿qué de extraño tiene que varíe ahora una vez más? He aquí que en nuestros campos aparecen "los hombres rubios", los que vienen de lejanas tierras para asentar aquí su hogar, constituir una familia y darnos el contingente de su labor. Mezclados sus hijos a los hijos del gaucho, una nueva estirpe se ajetea sobre el surco: ahora, en las hondonadas bordadas con rimeros de cultivos o en los peñascales de las sierras moteados de novillos, se encuentran "chinitas" de ojos azules e indiecitos de cabellos rubios. El porvenir social y económico del país está en las manos de los descendientes del "gringo" y del gaucho. ¿Por qué no cantar entonces a esos hom-

bres incorporados al terruño, que son, por eso mismo, cosa de aquí, "gringos acriollados", hombres nuestros, nuevos elementos étnicos introducidos en el crisol de la nacionalidad? Si el tipo del hombre de nuestros campos ha evolucionado siguiendo las distintas condiciones de la vida y del medio, la poesía que pretende retratarlo con fidelidad también debe evolucionar. Y eso es, precisamente lo que consiente el "nativismo" de Silva Valdés. La poesía criolla, la que yo he llamado "cimarrona", ha cumplido totalmente su ciclo: es cosa concluida; desapareció ha tiempo ya con el último gaucho. La poesía pseudo-criolla, la que denominé de "los doctores", artificiosa, amanerada, a las veces cursi, con todos los alifafes y perendengues del estilo "florido", ya no podría intentarse siquiera sin evidenciar un mal gusto y una ramplonería inexcusables: el romanticismo está bien muerto y muy bien enterrado. Los escritores del momento actual no tienen, pues, otro camino a seguir que el del arte nuevo, — o, lo que es lo mismo, no podrán crear poesía nativa (la que antes decíamos criolla) sino condicionando sus facultades a la sensibilidad de la hora que viven.

Fernán Silva Valdés, que en su segundo libro, *Poemas Nativos*, había entonado un canto a los "Hombres rubios en nuestros campos", como una mera variante de su estro, acaso como un presentimiento de su actitud futura, vuelve en *Intemperie*, su tercer volumen de versos, a cantar al "gringo" ("palabra chica que encierra un hecho enorme", dice en un verso bellissimo y profético), y lo canta entonces con todo fervor, con el mismo fervor con que antes cantara al gaucho, consciente de que "el hoy será tradición para dentro de cien años", — según expresa en otro verso admirable.

Los *Poemas Gringos* de nuestro poeta (incluidos en su libro *Intemperie*), particularmente los que llevan por título "Bienvenida al gringo", "Poema a la extranjera", "Mi nuevo amor", "Canto al hombre esperado", "Cruza", no solo reflejan la nueva vida de los pueblos platenses, mostrando la evolución padecida por los hombre de campaña, sino que encierran en su entraña el soplo generador de una nueva poesía americana. Esa salutación al inmigrante rubio venido de lejanas tierras y esa clara visión del porvenir cimentado en los

brazos del trabajo, convierte lo lírico y lo circunstancial de la poesía épica en materia formal y eterna, de un indudable sentido universal. Tal que en una profecía, se nos revela el futuro; lo mismo que en una parábola, se nos instruye acerca del destino de América. Contemplando esos hombres nuevos curvados sobre el surco y esas muchachas jóvenes "que pagan un piropo con dos asombradas monedas celestes", el "nativismo" de Silva Valdés, más hondo y filosófico de lo que a primera vista parece, ya no responde únicamente al sentimiento de las nuevas razas — sustitutivas de la tradicional raza gaucha, — sino que se lanza a la esfera superior de las adivinaciones, e ilumina el mañana, y se hace verbo del futuro de la estirpe. Esto, según se advierte, ya no es nativismo local, quiere decirse, de un pueblo determinado; es nativismo americano, o sea de todos los pueblos del continente, vinculados por el idioma, la sangre, las ideas, las comunes tradiciones y el destino común.

Y después de esta etapa luminosa y grande del "nativismo", esta otra que ahora, recientemente, acomete nuestro inspirado cantor, — la de los "romances chúcaros". Es una vuelta, como quien dice, al hito de partida, pero ya adiestrada la conciencia por las enseñanzas recogidas en el camino. Silva Valdés, que cantó al indio, que cantó al gaúcho, que cantó al "compadre" de los arrabales y a la "yiradora" nocturna de los grandes centros ciudadanos — en una estupefahciente galería de tipos nativos, característicos del medio rural y del medio urbano; — Silva Valdés, cuyo amor por la tradición propia no le cegó al punto de desconocer lo que la mezcla de razas supone para el futuro de América, entiende ahora, respondiendo al llamado de la sangre, que es necesario, si se quiere mantener el tipo americano, distinto al tipo europeo que podrían imponer la cruz de razas, infundir en los hombres nuevos la mayor suma de espíritu español, una conciencia propia que responda a lo que siempre hemos sido: hispano-americanos. El intento de los romances chúcaros es ese: que las nuevas generaciones, fruto de un cosmopolitismo un tanto desordenado, no reproduzcan el tipo viejo de las civilizaciones orientales (orientales con relación a nuestro continente, que tiene su rostro frente al océano Atlántico), sino que mantengan la mayor

suma de espíritu criollo-español, que impongan el tipo nuevo creado por la cultura americana. Pero semejante intento no está realizado de un modo preceptivo. *Los romances chúcaros* no aleccionan sino "a posteriori", como que son meras sugerencias, sencillos ejemplos líricos, expresiones de un arte nativo en los que predomina el elemento racial. Leed el "romance de los potrancos azules", el de "la mula negra", el de "un amanecer", el de "una tarde", el de "una noche", el escrito "en alabanza de una paraguaya", el admirable "romance de los cuatro caballos negros", el estupendo de "Los Centinelas" (que reproduce, con renovado fuego emocional, aquel "Capitán de mis sombras", de *Intemperie*, la más grande de las poesías de nuestro poeta), y veréis de inmediato como en todas esas composiciones, que tienen algo de reposorios espirituales, el númen del artista parece complacerse en evocaciones terruñeras, platinadas por un dejo de españolismo ancestral. Es tal como la voz de un hombre hecho y derecho, independiente y fuerte, en la cual vibra, no obstante, el metal de la voz materna. Silva Valdés, cumplido gallardamente su ciclo, vuelve a la fuente originaria para ensayar el milagro de rejuvenecerla según las normas del espíritu moderno y de la nueva técnica.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

La Pampa

Al genial cantor del campo un-
guayo, Fernando Silva Valdez, para
que viva a puerta argentina
a su "Romancero del Sur"

Angelote llanura, desmaterializada.
Fantasma de este mundo que el mundo misericordia.
Metafísica paz. Divina geometría
de abstractos horizontes y tierra despojada.
El cautivo color y la forma causada
hallan aquí su fuga; y el alma, se diría,
reconoce sus vestigios y se reconocía,
también, a quella mística que al pie se llama callada.
Torbellino de potros o espanto de plumajes
animan rara vez su quietud, un momento.
Solo arriba aparecen y pasan los paisajes.
Paisajes del espacio, Sueños del firmamento,
Glorias de soledad en ámbitos salvajes.
¡Crines, alas y ruidos, para goce del viento!

Enrique Arreola
1938

ROMANCE DE LA GUITARRA MUJER

Guitarra: todos sabemos
Que te llamaron mujer,
Mas ello no me acobarda
Ni me estorba para que,
En verso criollo y castizo
Te lo diga yo también;
Que bien pueden ir en ancas
Mi verso y el de Rubén;
Y en tratándose de ti
No es osado pretender
Ser dueño de la mitad
De lo que tan mío es.
Por eso, con la licencia
De nuestro padre Rubén,
Guitarra, voy a cantarte
Como si fueras mujer.

Si eres hembra por tus formas,
Tu cordaje cabello es,
Y tus maderas canelas
Están oliendo a mujer.

Entre el pecho y la cadera,
Tu entrada me dice que
Es el lugar para el brazo,
O el abrazo, si queréis.

Si Santos Vega a la espalda
Te llevó en el verso aquel,
Lo hizo porque los gauchos
Llevan así a la mujer:
En las ancas del caballo,
Del poncho sobre el doblez.

Dicen que tienes un brazo,
Mas que son dos yo lo sé;
Dos brazos juntos en uno
Como para orar tal vez,
Como una religiosa
Con los brazos hacia Él.

En la cavidad redonda
Que en el pecho se te ve,
El hombre que te acaricie
Ahueque el suyo a su vez
Y ponga su corazón
Dentro de tu redondez.
Y el que corazón no tenga
Para pulsarte muy bien,
Te deje sola contigo
Y él quede solo con él,
Pues quien te ame ha de ser hombre
Tanto como tú mujer.

Guitarra: estamos cumplidos
Y a mano, como ha de ser;
Si tú, inspiración me diste,
En cantarte la gasté.
¡Guitarra: estamos cumplidos.
Guitarra, digo: mujer!

ROMANCE DEL VIENTO BLANCO

Camina la cordillera
—Procesión de monjes pálidos—
Bisbiseando hojas nevadas
Los penitentes picachos.

El viento silba silbidos
Que parecen latigazos.
El viento silba silbidos
Como latigazos largós.

Iba que iba la tropa:
Hombres con ponchos rayados,
Las mulitas de una en una
Orillando los picachos.
Todos cargados de miedo
¡Ay! los labios apretados;

Ninguno quiere decir
Lo que le apreta los labios.
Todos llevan un fantasma
Dentro su fantasma helado;
Todos engañando al miedo,
Todos apretando el llanto.

¡Si el sol desde el horizonte
Les abriera un poncho cárdeno
Que los envolviera a todos
Ay, quedarían salvados!

Los arrieros van arreando
Su recua de mulos pardos,
Con sus voces montaÑeras
Y sus silbidos nevados;
Y es tan recio el temporal
Que los envuelve en su halo
De viento, de nieve y agua
En remolinos del diablo,
Que hasta los propios silbidos
Son hilachas de hilo blanco.

Todos, el alma encendida
Para el cuerpo ir calentando;

Todos, el alma valiente;
Todos, los ojos llorando
Pero con lágrimas fijas
De dolor petrificado.

Camina la cordillera
—Procesión de monjes pálidos—
Bisbiseando hojas de nieve
Los penitentes picachos.

Señor que estás en las cumbres
Y los tienes olvidados:
¿Te has distraído un momento
O es que te ha burlado "el malo"?
Al diablo lo pintan rojo,
A Ti de color nevado,
Mas juro que no eres Tú
El que ahora está soplando,
Es Lucifer el que silba,
Es mandinga que ha bajado
Escalón tras escalón
Por la escalera del rayo,
Riendo su carcajada
Con todos sus dientes blancos.

Camina la cordillera
— Procesión de monjes pálidos, —
Bisbiseando hojas nevadas
Los penitentes picachos.

Todos han quedado muertos,
Bien muertos y bien parados,
Encajonados en nieve,
Cajón de tablones blancos.

¡Viento blanco, bello nombre,
Bello y hacer tanto estrago...
Fué poeta, fué poeta
Quién te puso “viento blanco”!

Dicen que la muerte iguala
A pobres y potentados.
Veo que tus muertos quedan
¡Ay! doblemente igualados:
Aunque mueran siendo viejos
Llegan al cielo, muchachos;
¡Que los muertos de tu muerte
Todos van en cajón blanco!

7
ROMANCE
DE LA MUJER INMORTAL

Soñé que a todas las bellas
Por bellas las condenaban,
Y que tú ibas al infierno
Nomás que por esa causa.

Y en mi sueño te vi envuelta
En el mantón de las llamas,
Por pecadora o por linda,
Como te guste, muchacha.

Así se fueron quemando
Tus carnes de condenada;
Y en el montón de cenizas
Quedó flotando tu alma.

Aquí sucedió una cosa
Muy digna de ser contada,

Que parece brujería,
Que parece cuento de hadas:

Tu alma llamó a tu cuerpo
Quedando en él encarnada,
Y fuiste tú nuevamente
Como antes, en cuerpo y alma,

Pero aún mejor que antes
Tu alma purificada.
Mas el diablo que no entiende
De cosas ¡ay! tan aladas,
Ordenó que te arrojaran
Nuevamente entre las llamas.

Volviste a arder, pecadora;
Volviste a arder, desgraciada,
Y te quemaste todita
Pero se salvó tu gracia.

Toda gracia quiere un cuerpo
Para abrir en él sus alas;
Toda gracia quiere un cuerpo
Y él se alzó de entre las brasas;

Pues las cenizas calientes
Adquirieron forma humana,
Y tu gracia nuevamente
Quedó en tu carne sembrada...

Como ves, sigue pasando
Todo como en cuento de hadas!

Mas los demonios, entonces,
Como para eso estaban,
Te dieron de nuevo al fuego
A ver si al fin te quemabas.

Así ardiste muchas veces
Y al arder no te quemabas
Del todo, porque de ti
Algo siempre se salvaba.

Y así se fueron salvando
Por misterio de las llamas,
Igual que tu alma, tus ojos;
Y tu voz tal cual tu gracia;

Y tu bondad, y tu risa;
Y la luz de tu mirada;
Y el perfume de tu cuerpo;
Y tus melenas doradas;
Y el encanto de tus manos
Cuando las subes, plegadas.

Tal te veo yo, mi amiga,
Fundida y transfigurada;
Mujer elevada al Angel;
Mortal inmortalizada;
Bienvenida del infierno
Con pasaporte de llamas;
Vencedora del demonio;
Segunda edición humana!

ROMANCE DE HORACIO QUIROGA

Horacio Quiroga, el raro;
Horacio Quiroga, el fuerte;
Te fuiste un día a los bosques
A vivir entre serpientes,
A atisbar lunas menguantes,
A orejear soles nacies.

A esa selva cerrada
—País de los “misioneros” —
Como a un cofre milenario
Tu le robaste el secreto;
Pues le copaste el tesoro
Que se llamaba Misterio.

Horacio Quiroga: extraño
Santón de la barba entera;

Amansador de "anacondas"
Con voz grave de caverna;
Los cóndores te enseñaron
Lo que hay más allá del cielo;
Los tucutucos, lo que hay
Más abajo de la tierra.
Supiste hablar con las aves,
Supiste hablar con las fieras,
Con los reptiles monstruosos
Rayados como panteras.

Tu palabra era desnuda
Como la carne o la yerba;
Así te entendieron todos
Los que habitaban la selva,
Desde el león hasta el viento,
Del chajá a la comadreja.

Te prestó el urutaú
Su grito de ánima en pena,
Y lo pusiste en tus cuentos
Como un abrojo en la jerga.

Te dió el caburé su arte
Para atraer las culebras,
Y a las víboras domaste,
Que para eso eran hembras.

Todos en torno a tus barbas
De agrio santo de madera;
Todos en torno a tu voz
De hombre de la edad de piedra;
Todos en torno a tus ojos
De cachimbas misioneras,
Desde el tigre al picaflor,
Desde el viento a la centella
Fueron cediendo a tu embrujo,
Fueron cediedo a tu verba
Como a un San Francisco criollo
Tallado en hueso y en cerda...
¡Sólo nosotros — hermano —
Tuvimos lerda la oreja!

ROMANCE
PARA LA MUERTE
DE CARLOS REYLES
Y PEDRO FIGARI

Carlos Reyles y Figari
Murieron el mismo día;
Pedro Figari el pintor
Y Reyles el novelista.

Reyles el de los toreros,
Reyles el de los caudillos,
Y Figari el de los cuadros
Con episodios nativos.
Reyles el de las saetas
—Vuelo de palomas místicas—,
Figari el de los candombes
Con lunas de pesadilla.
Reyles de los cantaores
En el café de "El Tronío",
Donde se cantó el gran "cante"

Con voz de tabaco y vino;
Con voz de muleta en llamas,
Con voz de espada en domingo;
Con voz de arena caliente,
Con voz de rezo bajito.

Reyles del sombrero ancho
Enriendado en el barbijo,
Culebra negra de seda
Ciñendo un rostro lampiño.
Reyles de los cisnes muertos
Y los "Diálogos Olímpicos";
De las gitanas con duende
Y de los gauchos floridos.
Reyles de las estocadas
Bien dejadas en su sitio,
Como un torero de raza
Jugando a ser señorito.
Reyles defendiendo a Don
Juan por defenderse él mismo
Ante el error de los que
Dijeron que era un Narciso.

Reyles de la sangre inglesa
Por su propio apelativo;
Reyles de la sangre nuestra
Por criollo y por castizo;
Reyles de las procesiones
Pintadas con negro humo,
Cantadas más que pintadas
Con voz de aguardiente rubio;
Reyles, el de las mujeres
—Boca, corazón y zumo
Agrio de noche española
Llevando un duende en lo oscuro.

Figari el de los colores
Con cielo y con sol compuestos;
Colores ¡ay, qué colores:
Como de pájaros hechos!
Con ellos vistió los gauchos,
Con ellos vistió los negros,
Y las chiruzas tristonas
De lazo y moña en el pelo;
Y los patios dieron flores,
Y las parejas en celo
Rociaron sus corazones
Con el pincel de Don Pedro.

Corazones de naranja,
Corazones de celeste,
Miradas color cachimba
Y amores de rayo verde.

Figari el de los candombes
—Tembladerales de negros—
El de los patios rosados
Y apariciones de perros;
El de los caballos flacos
—Ay, esqueletos con pelos—
Dándole espíritu al campo
Como si vivieran muertos.
Figari el de los velorios
Mojados de "Padre Nuestros",
Figari el de los ombúes
Con lunas de cobre nuevo,
Ombúes de cuerpo astral
Con buhos de cuerpo entero.

Carlos Reyles y Figari
El mismo día murieron,
Pedro Figari el pintor
Y Reyles el novelero.

Cortejos de flores claras
Lo siguieron a Don Pedro,
Cortejo de flores tibias
En la boca de los negros;
Y gauchos, toros y lazos
Detrás de Reyles se fueron;
Trajes de luces y cuentas
Como un hervor de luceros;
Guitarras de carne cruda
Chorreando del clavijero
Las leyendas sevillanas
Bajo las cuerdas de tientos.

Collares de cuero crudo
Les doy por collar eterno,
Collera de aparcería
Al entrar juntos al cielo.
¡Asombro fué el de los ángeles;
Asombro fué el de San Pedro,
Que le tembló el llaverío
Con ruido de fierros viejos!

—¿Quién llega? se preguntaron
Ante el extraño cortejo

De gitanos y de chinas,
De gauchos y de morenos,
Con música de cielitos
Y flamencos bordoneos.
—¿Quién llega con tanto ruido
Hasta las puertas del Cielo ?
Y respondió con voz lacia
De crín peinada, el Pampero,
Que con sus potros azules
Fué el cuarteador del cortejo:
—MEDIA ESPAÑA Y MEDIA AMÉRICA
ACOMPAÑANDO A DOS MUERTOS...!

ROMANCE DE LOS HERMANOS VALIENTE

I

Los tres hermanos Valiente,
Los tres a la misma hora,
Murieron el mismo día
Naciendo para la gloria.
Atados a su destino
Como por la misma sogá,
Rodaron hacia la muerte
Juntos, como boleadoras...
Los tres hermanos Valiente,
Los tres a la misma hora.

Diez leguas en una hebra
Subiendo y bajando lomas,
Buscando amparo en el monte
Va una partida en derrota,

Huyendo de otra partida
Galopa que te galopa.

Pocos huyendo de muchos
— Ya lo sabemos de sobra, —
Si los muchos fueran menos
Eso sería otra cosa:
Se mojarían lan lanzas
Hasta manchar las virolas.

Pobres los que van huyendo
Rezagados a la cola,
Esos entran a la muerte
Bajo las espadas corvas.

¡Ay, caballo de los gauchos
Baquiano en bajos y en lomas,
Si eres la mitad del triunfo,
Eres todo en la derrota!

II

Pocos huyendo de muchos,
Partida grande y pequeña,
No pasan de diez los pocos
Ni los muchos de cincuenta.

A varios "tiros de bola"
Un grupo a otro se acerca;
Los que huyen bajan las lanzas
Arrastrándolas por tierra
Para que las boleadoras
Primero se aten en ellas.

Un negro se "corta solo"
De la gran partida, y echa
A volar las "tres marías"
En redor de su cabeza.
Giran las bolas de a dos;
La chica en la mano diestra;
El negro describe un halo
Sobre sí mismo, de piedra;
Las arroja hacia delante,
Y las bolas, dando vueltas,
En las patas de un tubiano
Desprevenido se enredan.

Tubianito colorado,
Ya estás acostado en tierra;
El gaucho que te montaba
Salió "pisando la oreja";

Mas poco le valió ser
"Parador" en la pelea,
Porque pronto entró a la muerte
Sin palabra y sin cabeza.

III

Los cuatro hermanos Valiente
Salieron a hacer la guerra
Armados de su apellido
Más que de lanza guerrera.
Tres de los cuatro cabalgan
En la partida pequeña;
El cuarto no entró en batalla
Aunque bien lucha en pelea;
Tres de los cuatro galopan
En el grupo de mis mentas.

De los tres uno va herido,
Tan herido que "se queda",
Y sujetando el caballo
En la silla se atraviesa,
Que aunque tiene el alma viva
Ya siente la carne muerta.

El caballo se desvía
Por momentos de la senda,
Y el mozo, sobre los pastos
Soltando las crines rueda.

Un hermano que lo ha visto,
Su pingó al punto sujeta:
“Juí nomás que no hay remedio”
— Le grita el que yace en tierra; —
“Solo nací, solo muero;
Juí, que de no, te degüeyan”.
Entonces el bravo hermano
De aqueste modo contesta,
Contestación sin palabras
Que al nacer ya nació eterna:
Le quita el freno al caballo,
Y en las ancas lo golpea
Con un golpe de oro y plata
Que sonó en toda la tierra,
Y junto al hermano herido
— El facón digno en la diestra —
“Haciendo la pata ancha”
A la partida así espera.

Ojos que vieron el caso
Vieron lo que nadie viera;
Al lugar del episodio
Llegó la partida aquella
Cabalgando en el asombro
— Pingo al que no tiran riendas. —
Un alma elegida y guapa
Va a jugar en una apuesta
Su vida contra otras vidas;
Unita contra cincuenta.
¡Ojos que vieron el caso
Vieron lo que nadie viera!

El viento pliega las alas
En medio de su carrera;
Los cerros guardan silencio
Como parando la oreja;
Las aves cierran el pico;
El arroyo no arroyuela;
No quieren perder un punto
De la sin igual pelea.

El mozo los ha esperado
A la clásica manera:

Noble facón en la mano;
Poncho arrollado en la izquierda;
Ojos que ven todo chico
Porque miran con fiereza,
Y en el lado del coraje
Conectaron sus arterias.

Seis o siete solamente
Han echado pie a tierra
Sintiéndose con derecho
De cobrar aquella cuenta;
Y todos creen que son uno
Contra otro, en su ceguera.
Los demás de la partida
— Que para el caso es inmensa, —
Sabiendo de sobra que
Será corta la pelea,
Con lo duro de sus almas
Le han hecho corral de piedra.

Le han tirado varios tajos
Y uno por uno contesta;
Aquello es un remolino
De aceros, ponchos, melenas.

Cuando se juega una vida
De tan hermosa manera,
Yo creo que hasta la muerte
Si no recula, respeta.

Se oye en eso un gran galope
Y un grito que los manea;
Y en un borbollón de espuma
— Crines, aceros y tierra —
Aparece el otro hermano
Y abre cancha en la contienda.

Los dos hermanos se juntan;
Espalda y espalda quedan,
Parando en esgrima ruda
Golpes a diestra y siniestra.

Entonces sí, los mirones
Rompen el cerco de piedra
Y a la yunta de valientes
Por cuatro lados lancea.

El que había sido herido
En medio de la carrera,

El cual rodó del caballo
Y hace rato finca en tierra,
Se va yendo de la vida
Con la rabia y con la pena,
De ser tres para la muerte
Y dos para la pelea.

Los tres hermanos Valiente,
Los tres a la misma hora,
Murieron el mismo día
Naciendo para la gloria.
Atados a su destino
Como por la misma sogá,
Rodaron hacia la muerte
Juntos, como boleadoras.

IV

Y dice la tradición
Que aun está viva en los ranchos,
Que cuando a los tres valientes
Los estaban enterrando,
Llegó un gaucho al gran galope,
Se desmontó del caballo,

E inclinándose hacia el surco
Con el sombrero en la mano,
Dijo con voz altanera
Y algo temblones los labios:

“Están enterrando a tres
Porque no estábamos los cuatro”.

ROMANCE DE LOS SOLDADOS PARAGUAYOS

Paraguay: tierra de héroes,
Te quiero porque eres mío,
Te quiero porque soy tuyo
Que yo me siento tu hijo.
Si pocos hombres te quedan
Ellos tienen grande espíritu,
Porque el alma de los muertos
Se va sumando a los vivos.

He visto pasar tus héroes;
Marchaban como sin bríos;
Los traían envainados
En la vaina del espíritu.
Iban sin ritmo en el paso,
¡Para qué querían ritmo
Si de la frente a los pies
Eran el ritmo cumplido!

He visto pasar tus mozos
Vestidos de soldaditos,
Parecían escolares
¡Y qué hombres habían sido!
Porque ustedes son así:
Hombres jugando a ser niños;
Pero si hay que defender
Señor, el suelo nativo,
No hay en el mundo unos hombres
Tan hombres como esos niños.

He visto pasar tus héroes,
Eran un bosque de olivos,
Un bosque que se movía
Como buscando un camino:
Cada árbol a su terrón,
Cada vida a su destino.

Las muchachas de mi tierra,
Hacían un *pique indio*
Adentrándose en el monte
En busca del soldadito
A quien darle una bandera
Como quien regala a un niño,

Y el héroe se la llevaba
Así como distraído...

He visto pasar tus mozos
Mezcla de español e indio;
Sin odios y sin venganzas,
Sin rencores y sin gritos;
Sin tambor mayor, sin músicas,
¡Todo era tan sencillo;
Todo era tan primario
Cual la Muerte o el Destino!
Traían sí, honda música;
Honda y de sordo sonido:
Música de corazones
Sobre el parche del martirio.

He visto pasar tus mozos;
Venían como dormidos,
Como soñando el recuerdo
De lo que habían hecho y sido.
He visto pasar tus héroes
De la Gloria bienvenidos;
Y muchas madres sin luto
Por la muerte de sus hijos,

Que los muertos por la Patria
No están muertos, están vivos;
Cientos y miles de madres
Haciendo cordón he visto:
Unas, con sol en los ojos,
Otras, llorando arroyitos.

Así pasaban tus mozos
Vestidos de verde bíblico.
¿Dónde están tus viejos árboles,
Tus cedros, tus espinillos,
Tus ñandubays y algarrobos,
Todos tus árboles indios?
Los ha cambiado el milagro
En verde bosque de olivos,
Bordeando las aguas madres
De tu simbólico río.

Paraguay: tierra de héroes,
Te quiero porque eres mío.

Asunción - Montevideo.
1935 - 1938.

ROMANCE DE LAS TRES SENDAS

*A Víctor Pérez Petit,
maestro de la escena y
la crítica.*

PASEO DEL CABALLO TUBIANO

Tres sendas cual tres galones
Hacen capitán al campo.
Bajo la enramada seca
Muerden fierro cien caballos,
Y cien grillos coscojeros
Están rayando el verano.

Carreras ay!, son carreras
Y caballos son caballos,
Y el que le juege a mi pingo
No juega a caballo manco.

Tubiano de buena silla,
Coscojero y de buen paso;
El de orejas recibiendo
Todos los chismes del pago.

El de fornidos encuentros,
El de vasos de potranco;
El de las cruces bien altas,
El de la cola de arrastro;
El de la "seda en la boca",
Pronto en el "partir de abajo";
El de "treinta en los quinientos"
Con un corredor liviano;
El del anca como el día
Partida en negro y en blanco
Cual para llevar en triunfo
A la más linda del pago,
Y darle el día y la noche
Que es la fortuna del gaucho.

Tubiano en blanco y en negro,
Le estás ganando al tostado;
Le estás "ganando con luz"
Antes de salir al campo.

Para ganar la carrera
— Tubiano en negro, tubiano —
Que ganarle a la leyenda
Tienes, antes que al tostado;
Pues la leyenda te indica
Como maula entre caballos,
Y al tostado le da el mote
De “antes muerto que cansado”;
Y a pesar de los pesares
— Tubiano en negro, tubiano —
Estás “ganando con luz”
Antes de salir al campo.

PASEO DEL CABALLO TOSTADO

Tres sendas cual tres galones
Hacen capitán al campo.

Carreras, ay!, son carreras
Y caballos son caballos,
Y el que le juegue a mi pingo
No juega a caballo manco.

Tostado de buen andar,
De largo galope elástico;

De trote blando y parejo,
De tranco lento y sanguango;
Tostado de largo lance,
El de pelaje alazano
En cuya seda se miran
Todos los ojos del pago.
Manos de mujer te peinan
Cola de zorro coleando;
Manos de mujer te trenzan
Lazos de color, laceando;
En la curva de tu lomo
; Feliz quien ponga sus cuartos
Cuando tu anca acune el sueño
Que sueña la flor del pago!

Arroyos de plata corren
De los cintos a tus manos;
Del árbol de la leyenda
No te duermas en los gajos,
Que si un mote bien te dice:
"Antes muerto que cansado",
"Donde hay yeguas potros nacen",
Dice otro mote del campo.

Haz de defender el nombre
Famoso de otros tostados
Que dieron días de fiesta
A las gentes de este pago.
Del árbol de la leyenda
No te duermas en los gajos,
Que están tumbando tu fama
Los que apuestan al tubiano.

Carreras, ay!, son carreras
Y caballos son caballos,
Y el que le juegue a mi pingo
No juega a caballo manco.

LA CARRERA

Tres sendas cual tres galones
Hacen capitán al campo;
Bajo la enramada seca
Muerden fierro cien caballos,
Y cien grillos coscojeros
Están rayando el verano.

El cielo, de sol matrero,
Mostrando azules y blancos

Se va combando hacia el río,
Y el río de acero patrio
Es un facón en la vaina
Verde del monte clavado.
Tres sendas cual tres galones
Hacen capitán al campo.

—Voy diez grullos a mi flete;
—Es mucha plata, paisano;
—A mi flete voy diez pesos;
—Me gana pero le pago.

Y una voz de barba entera
Montando un bayo naranjo
Grita: Voy cien patacones
A mi caballo tostado.

Las apuestas van parejas
Como dos ríos plateados,
Que son dos ríos de plata
La plata que están jugando.

Entre los grupos de hombres
Jugadores, anda el diablo

Escondido en las jugadas
Bien vestido y bien montado.

Tres sendas están tendidas
Tomando sol en el campo;
Tres sendas con cada una
Quinientos metros de largo.
Tres sendas como tres rumbos
Entre dos filas de gauchos
Que están hablando en Domingo
Conteniendo sus caballos.

El sol siembra sus virolas
Sobre los herrajes áureos;
Sus virolas que echan chispas
De voleo va sembrando.

En un flete malacara,
Plata y oro en el recado;
Chambergo gacho en los ojos,
Pañuelo bien colorado;
Con un clavel en los dientes,
Rezongón y compadreando;
Dando engolados consejos
Pasa el señor comisario

Y un trillo de desconfianzas
Es la huella de su paso.

Se están gastando en partidas
El tubiano y el tostado;
Les van a poner bandera
Por orden del comisario;
Que el sol está a una picana
De su querencia, llegando,
Y luego de puesto el sol
No hay carreras de caballos.

Los dos quieren madrugarse
Y al partir, partir ganando;
Es que uno "sale de arriba"
Y el otro "pica de abajo",
Y nunquita están de acuerdo
Cuando alguno grita el *vamos*.

Se están gastando en partidas
El tubiano y el tostado;
Les están dando bandera
De color bien colorado;
La hicieron con un pañuelo
Y luce al tope de un brazo.

¡Ay caballo blanco y negro;
Ay, parejero tostado,
Les están dando bandera
De pañuelo colorado
Salido de la bandada
Que arrea el comisario...
Opino que esta carrera,
Señores, la gana el diablo!

Si no se acomodan pronto
Los acomodo en el trapo,
Les grita en gesto soberbio
Una voz desde un caballo.
Por eso los corredores
Sabidores y taimados,
En una nueva partida
Emparejaron el *vamos*.

¡Se vinieron... se vinieron...!
— La frase tiene contagio —
Se vinieron! y se oye
Un galope bien granado.
Los dos corren como tabla
Y ninguno ha castigado.

—“Voy diez pesos al tubiano”;
—“Voy diez grullos al tostado”,
Y van cayendo los pesos
Sobre los ponchos rayados;
Otros caen en la memoria,
En la palabra o la mano.

Entre una nube de polvo
Pasan, ay! los dos caballos;
Una nube tormentosa
Con relámpagos de látigo;
Las orejas agachadas,
Los pescuezos estirados,
Las colas horizontales,
Los mozos bien apilados;
Y mientras uno castiga
Otro solo va peinando
El anca del parejero
Con la caricia del látigo,
Que es buen corredor y sabe
Que “lleva caballo abajo”.

El juez se adelanta y grita
con voz de rito sagrado

Lo que ya todos han visto:
"Ganó el caballo tubiano";
Y enseguida se desatan
Los tientos del comentario:
Le ganó por un pescuezo
Y sin castigar, paisanos;
Al tostao y a la leyenda
Le ganó el pingo tubiano;
Que carreras son carreras
Y caballos son caballos.

Había que ver las mozas
Con la cara de fandango,
Acariciando amorosas
Las dos ancas del tubiano.
Una se sacó una cinta
Y con primor le hizo un lazo;
Otra le hizo trencitas
De la crin en lo más lacio;
Otra le besó la trompa;
Otra le palmeó los cuartos,
Y otra, que era linda y clara
Como un día de verano,
Por las *clavijas* del tuse
Le fué pasando la mano.

Que carreras son carreras,
Que caballos son caballos,
Y mujeres son mujeres...
¡Quién fuera flete tubiano!

ROMANCE DE GABRIELA MISTRAL

India de los ojos verdes,
Nieta de Caupolicán:
Carne de tierra chilena
Toda americanidad;
Te quiero hacer un romance
Criollo, Gabriela Mistral...
India de los ojos verdes
Nieta de Caupolicán.

Te quiero hacer un romance
Largo y breve como un ¡ay!
Romance para estar solo,
Romance para soñar,
Romance para en silencio
Con él poderse quedar,
Y cantarlo para adentro
Que es muy más lindo cantar.

India de los ojos verdes
Con verdor de eternidad,
Te quiero hacer un romance
Para poderlo pensar
Al compás de la guitarra
Que es la lira popular,
¡Con unos cuantos: Gabriela;
Con unos cuantos: Velay!

Romance donde te diga
Como te lo dije ya
En unos versos escritos
¡Ay! de mi sangre al compás:
¡Velay! la madre sin hijos,
¡Velay! la madre total,
¡Velay! la mujer de América,
¡Velay Gabriela Mistral!

ROMANCE DEL CURANDERO

*A Enrique Larreta, este
"Curandero", para cuando se
sienta MALO debido a la falta de
aire propia de las alturas.*

I

Curandero, Mano santa:
Hechicero o "Tata Dios";
Tú que vives pobremente
Y estás cerca del Señor
Porque moras en un rancho
Hecho de paja y terrón,
Es decir: hecho de tierra,
De agua, de planta y de Sol,
Ayúdame en este trance
En que soy medio chambón.



Pecado es venir a verte
Dice la gente ¿y de nó?
Que sólo el hereje llega
A tu choza de Santón;
Que tienes pacto secreto
Con el diablo y su legión;
Que bebes en calaveras
Como en el mejor porrón,
Y el humo de tus fogones,
Luego que se acuesta el Sol,
Pinta cuerpos de mujeres
Como un baquiano pintor
Que trazara sobre el aire
Desnudeces con carbón.
Yo no vengo por pecado;
No sé si tienen razón
Los que dicen que eres diablo
Después que se pone el Sol;
Yo vengo para que digas
Si será *sí* o será *no*
Lo que la moza responda
Cuando le oferte mi amor.
Nada más — indio hechicero,
Clines negras y ochentón —

Yo soy un hombre sencillo
Y en amores, chapetón;
Crecí y viví trabajando
Siempre pegado al terrón,
Ya con el lazo en la mano
O el arao caminador;
Tiritando en los inviernos
O sudando hebras de Sol,
Sin costumbre de chinear,
Revirao con el amor.
Pero ahorita es otra cosa,
Yo no sé qué me pasó;
Nunca lo he sentido enantes
Por esta cruz que es de Dios:
A los ojos de una china
Estoy ligao — creemeló —
Con lazo que no revienta
Por fuerte que sea el tirón.
Quiero saber, indio brujo,
Si ha de ser *sí* o será *no*;
Y ya que pido, te pido
que me des una oración
Para rezarla en las noches
Lerdas como caracol,

Para que me ayude un algo
En este trance amolón;
Y ya que pido, te pido
En ancas de la oración
Que me des algún "payé"
Para ganarla mejor,
Y en esta lidia difícil
En que me va el corazón
Me pongas una cuartiada
O me des un repujón.

II

Trae un mechón de tu pelo
— El indio me respondió —
Y un pañuelito en que ella
Se haya secado el sudor.
Con eso haré dos muñecos
Que simulen a los dos;
En la barra de dos ríos
Haremos la enterrazón,
Y el querer tuyo y el de ella
Se unirán, — lo afirmo yo —
Como se juntan dos ríos
En un solo borbollón.

Lo hicimos punto por punto
Cual manda la tradición,
Y en noche de luna vieja
Salimos el indio y yo
Buscando un sitio elegido
En que se junten los dos
Ríos que nos representen,
Aquél: ella y éste: yo.

Lo hicimos punto por punto,
Lo hicimos muy bien, Señor.
No creo en los amuletos
Ni en brujos ni en el amor...
¡Lo hicimos punto por punto
Pero ella me dijo: no!

ROMANCE
DEL AGREGAO

5
Viejo peón ya inservible
Al trasfoguero arrimado
Como un mejillón del fuego
— Si me permiten el caso —
El de las manos más grandes
Que los pies semi descalzos;
El de las piernas arqueadas
De apretar los “reservados”;
El de diez revoluciones
Desde los hombros colgando
Como un poncho hecho de historia:
Blanco, azul y colorado.
El que ha comprado sin plata
El título de agregado
El cual nadie le discute
Y ejerce de pago en pago;

El que ni mira las cosas
De haberlas mirado tanto,
Pues se sabe de memoria
Lo de arriba y lo de abajo;
Cielo y tierra están en él
Como la sangre en el tajo,
Como la voz en la boca,
Como en lo dulce lo amargo.
En la puerta del corral
No erraba "pial de volcao"
Y se dejaba caer
Sobre potros de seis años
Colgado de la maroma
Y al volver volvía montado.
Viejo peón ya inservible
Al trasfoguero arrimado
Como un mejillón del fuego
— Si me permiten el caso —

Para todo tenía un verso
En el bigote asomando,
Deseando hacerse palabra
O mejor: hacerse canto.
Hoy está pegado al fuego
Como tostando sus años,

Haciendo marcas y tarjas
Sobre la tierra inclinado;
Tironeado desde lo hondo,
Como asomándose a algo,
Como sacando sus cuentas
De cuanto le falta, al cabo,
Para ir a gritar: PRESENTE,
Ante Dios o ante el diablo.

MILONGA PARA GREGORIO MARAÑÓN

Aquí me pongo a cantar
Respetuoso y asombrado,
A Gregorio Marañón
El hombre, el artista, el sabio.

Lo cantaré por milonga
Que es la forma popular,
Pues los grandes hombres son,
Del pueblo en primer lugar.

Milonga, canto del pueblo
A quien el pueblo dió luz,
Y que tiene cuatro puntas
Como la cruz de Jesús.

Milonga, la de los criollos;
Milonga, la de los gauchos:

Dentro de tus cuatro fierros
Yo voy a encerrar a un sabio.

No importa que seas plebleya;
No importa que seas vulgar:
Se puede cantar al cielo
Dentro de cualquier cantar.

Y aquí vengo, compañeros,
Al igual que un payador,
En tonadas de milonga
A cantarlo a Marañón.

Dentro de mis cuatro fierros
Musicales, lo pondré
Encerrado y libertado,
Ambas cosas a la vez.

Encerrado, porque es cárcel
El verso que bien lo es;
Y libre porque tiene alas
Al ser poesía de ley.

Mi canto es de guitarrero
Que de ser pueblo se ufana;

A Gregorio Marañón
Lo pongo en una guitarra.

Primero, en una milonga;
Ahora, en una guitarra;
En la guitarra que tiene
La perfecta forma humana.

Que tiene cuello y cabellos
En las cuerdas estiradas,
Y un agujero en el pecho
Para llenarlo de España.

Curvas también españolas
Y carne color canela,
Y cintajos de colores
Como mujer, como reina.

Milonga, la de los criollos;
Milonga, la de los gauchos:
Dentro de tus cuatro fierros
Yo quiero encerrar a un sabio.

ROMANCE DEL NEGRO CRIOLLO

Negro criollo, negro criollo,
El que yo nunca canté,
Te estoy debiendo un romance
Desde el fondo del ayer.
Negro criollo, patizambo,
Sin derecho ni revés,
Como la bota de potro
Que se calza en cualquier pie.
Negro con risas de choclo,
Tu risa es como un cartel
Para que escriban los hombres
Blancos, la palabra *fiel*.

¡Ay, lo que el blanco te debe;
Ay, lo que hiciste por él!
Por uno que te fué justo
Los injustos fueron cien,

Vos sí que pagaste siempre
Bien por mal y bien por bien.

Negro "pa todo trabajo",
Como subrayaba aquel
Documento que en el fondo
De un mueble viejo encontré.
Fuiste bueno para todo
Sin capital ni interés,
"Pa' un fregao o pa' un barrido",
Sin protestas y sin hiel.

Negro "pa todo trabajo"
Como un reyuno de ley,
En vos se paró la Patria
Como quien dice en un pie.
¡Ay, lo que el blanco te debe
Ay, lo que hiciste por él!

Negro criollo, fuiste infante
Casi a la fuerza porque
El gaucho quería caballo,
No sabía pelear de a pie;
Y fuiste la infantería
Para morir a granel;

Nuevamente las espinas
Te tocaron otra vez.

Negro de poncho canela
Y ala echada para atrás
Con dos luceros de fierro
Sujetos al calcañar.

Negro para enviar un chasque
Y con la luna viajar
Uniendo noche con noche
Las dos juntas en un haz.
La noche se hacía día,
quedabas viudo, ¡velay!
Hasta que a las pocas horas
La volvías a encontrar.

Negro, para bien mandado
Porque en vos todo era igual:
Tanto cebar un *amargo*,
O *cortar* un temporal,
Como velar un enfermo,
Como domar un bagual,
Como tocar a degüello
En llamando a degollar;

Como dejarse vender
Para el dinero aportar
Al *tirador* del caudillo
Y con él armas comprar
Para defender la Patria
En tiempos de adversidad,
Que así lo hizo el Pardo Luna
Con Rivera el General;
(¡Ah negro: llamarse Luna,
Como esperando blanquear!)

Negro criollo, sin derecho,
Sin izquierdo y sin revés;
Sirviente por todo el año
Pero el 6 de enero: ¡Rey!
Rey de galera y levita,
Rey "para servir a usted..."

Siempre estuviste "a las verdes";
Las maduras, ya sabés:
Fueron todas para el blanco
Que "ansina había de ser".

Aquella "ley del embudo"
La conociste muy bien,

Y aunque Moisés no la dijo
Es más vieja que Moisés:
Ancha arriba, angosta abajo,
Cual tu tamboril, porque
¡Por más lindo que tocaras
Tu tamboril fué tu ley!

ROMANCE DE LOS CUATRO CANDILES

Cerquita, cantan los gallos;
Más lejos, los teru teros.

Cuatro candiles de grasa,
Cuatro candiles y un muerto.
Sobre el *fierro* de las *marcas*
Cuatro candiles de fierro.
Cuatro lenguas coloradas
Empinadas sobre el sebo
Hablando con frases de humo
Ay!, por encima del muerto;
Y el muerto en una carona
Desplegada sobre el suelo,
Sobre una carona abierta
Envuelto en un poncho negro.

Cerquita, cantan los gallos;
Más lejos, los teru teros.

Candil de velorio pobre,
Tosco candil candilero,
Pasando tu lengua de humo
Sobre la frente del muerto.

Velorio pobre con brujas
Que ennegrecen el silencio,
Hincadas en derredor
Del hombre que es sólo un cuerpo,
Como cuatro estacas duras,
Como cuatro palos negros
Estaqueándolo a la tierra
Como se estaquea un cuero.
Cerquita, cantan los gallos;
Más lejos, los teru teros.

Las brujas; — nariz y chal —
Van amontonando rezos
Con labios humedecidos
Por salivas de misterio.

Cuatro candiles de grasa,
Cuatro candiles de fierro,
Cuatro lenguas que se besan
Ay!, por encima del muerto.

ROMANCE DE LA SEÑORITA ESTANCIERA



Hoy llega de la ciudad
La señorita estanciera;
La negra le dice: *niña*,
Y se derrite la negra;
Señorita, los peones
(Más de uno sueña con ella).

Bonita, elegante, alta;
Criolla, parece extranjera.
En la ciudad se divierte
Pues fuma y copetinea.
No hay fiesta que no la encuentre
Luciendo espaldas de fiesta;
(Ella no viene hace años
- Pero han llegado las mentas).

En la estancia corre, nada,
Y como un hombre *amarguea*,

—Que ahora el mate es distinguido
Y adelgaza la silueta, —
Hay retratos a la vista
Testigos de estas escenas.

Los hombres la encuentran flaca,
No gustan de líneas rectas;
Las mujeres, orgullosa
Pero le envidian la estrella.

Tajos para sus modales,
Tajos para su silueta,
Para sus ojos pintados,
Para sus desnudas piernas;
Monta a caballo a lo hombre,
¡Ay, si no tiene vergüenza...!

Hizo conmover el patio
Con la *vuatiré* canela,
Y saltó al suelo entre gasas
Que velaban su belleza.

Todos la rodearon, tímidos,
Haciendo punta la negra,
Y ante el asombro de todos
Le dió un beso a la morena;

A otros les dió la mano,
Besó a un niño en la cabeza;
A esta le menta la hija,
A otra la abuela le menta,
Y un abrazo al capataz
Remachó lindo la escena.

A la tarde, el comentario
Rodaba por otra hebra...
¡Cómo se "cambió la plata"
Señor, a favor de ella!

A la noche, cada uno
Enredó el sueño en las vueltas
Que supo darse en la cama
Meditando en la pueblera...

Y en el cuarto de los peones
Duró hasta tarde la vela.

ROMANCE DE LA TARDE CRIOLLA

La tarde le va estirando
La crin al potro del viento.
Llega la noche enlunada
Con la luna de los cuentos.
Pasa una bruja buscando
Luces malas p'hacer fuego
Y los ranchos agachados
Se confiesan sus misterios.

Caballos en el palenque
Atados por el cabestro
—Déle que déle sonando
Las coscojas de los frenos —
En el río verde y lejos
Empapan sus escarceos:
Música de fierro y lengua
Para bailes de matreros.

El viento me tira el poncho
Embanderándome el cuerpo;
Al galopón galopando
Entro y salgo del sendero
Con una novia en la frente
Que me va cayendo al pecho...
Con una novia en la frente
Y en el cigarro un lucero.

ROMANCE DE LA CURANDERA

Los grillos son estrellitas
Que han caído de lo alto,
Estrellitas que se apagan
Cuando uno se va acercando.

Pasa un criollo, jinete
En un caballo plateado;
Va jineteando su sombra
Al trote largo y elástico.

Las espumas del arroyo
Se deshacen en un llanto,
Y le ponen a la orilla
Suspiros con cribos largos.

Un rancho de ojos abiertos
Con un candil candileando,

Tizna siete caras brujas
Con su negro humo lacio.

La curandera recita
Con los labios apretados,
Un credo dicho al revés
Para que no lo oiga el diablo.

La luna descalza y fría
A la puerta se ha asomado,
Tendiendo sus piernas blancas
Sobre el piso duro y pardo.

El enfermo espuma y gime
Con una cruz en las manos...

En el aullido de un perro
La Muerte se va acercando.

ROMANCE DE LA TARDECITA

La tardecita se esconde
Bajo el ala de los pájaros;
Del sol sólo queda una
Resonancia en colorado.
Se apagan las enramadas
Tendidas en cuatro palos;
Se iluminan las guitarras
Con la llama de los cantos,
Y en los lustrosos palenques
una fila de caballos
Está mascando la plata
De una luna de verano.

ROMANCE DE LA INDIA VIEJA

India vieja bien curtida
Como hecha a latigazos;
Que diste hijos a las guerras
Y a nadie diste trabajo;
Que estás llevando en el cuervo
De su pelo noventa años,
Mas un sin fin de patriadas
Con un cribo de lanzazos,
— Como al trasluz de la historia —
Bajo tus colgantes párpados,
Y en el alma cien degüellos
Como tajos desangrados.
India vieja, todavía
Parada a punta de “amargos”,
Tus famosas tortas fritas
Son redondas y andan largo:

Agua, trigo, sal... tus tortas
Tienen algo de sagrado;
Agua, trigo, sal... tus tortas
Son las hostias de este pago.

ROMANCE MOJADO DE ALBA

Van cayendo las estrellas
Lejos en tierras aradas;
Para el nacer de otro día
Está semillando el alba.

Como anunciando la luz,
Vuelo de cigüeñas rosas;
Sobre los campos de oriente
Se está vistiendo la aurora.

Fuga de estrellas mojadas
Sobre el rosa y el azul;
Alguien le arranca al lucero
Todas sus plumas de luz.

En el monte humedecido
Que renueva su verdor,

Una bandada de pájaros
Está emplumando de sol.

Mientras las aves destiñen
Su color en el espacio,
Todo el placer de la tierra
En mi mate y mi cigarro.

ROMANCE
PARA EL CIMARRÓN
DE LA MADRUGADA

Los pajaritos se asoman
Mustios, a nuestros oídos,
Dándonos los "buenos días"
En cantos hechos de vidrio.

Es hora de levantarse;
La luz estrella la escarcha
Cual si la hubiera pisado
El gallo de la mañana.

Hace frío. Un cimarrón
Es impagable a esta hora.
Se está calentando el agua
En el color de la aurora.

Mate: palabra de América
Nacida en tierras incaicas;

Mate: palabra redonda
Igual que la calabaza;

Y que ha venido rodando
Por eso y porque era gaucha,
Hasta los lares criollos
Del Uruguay y del Plata.

Los globitos de la espuma
Nacen, crecen y se apagan;
Unos me copian la frente
Y otros, la madrugada.

Todos los bosques por yerba;
Todos los ríos por agua;
Por sonoro recipiente
Mi esperanza, mi esperanza...

Ronca, mate madrugero,
Dentro de la calabaza;
Me voy sorbiendo mi América
Por la bombilla de plata.

¡Cuánto cielo, cuánta tierra,
Cuánto hombre, cuánto árbol
Pueden caber, en esencia,
Adentro de un mate amargo!

ROMANCE DEL COLECCIONISTA

Yo soy coleccionador
De cosas bellas y antiguas,
Y tengo una colección
De las cosas más bonitas,
Pero la tengo incompleta
Porque me falta tu risa,
Bella risa de mi amiga
Que es una de las más lindas,
Lo juro a fé de poeta
Y a fé de coleccionista.

De músicas y sonidos
También muy amante soy,
Y de los sones más puros
Poseo una colección,
Pero la tengo incompleta
Porque me falta tu voz.

Yo soy un coleccionista
De cosas nobles y raras,
Y tengo una colección
De las cosas más aladas,
Pero la tengo incompleta
Porque me falta tu alma,
Bella alma de mi amiga
Al Paraíso apuntada.

Estoy juntando dinero,
Me compraré un cofre fort
Para guardar los tesoros
De mi hermosa colección;
Tres objetos que no tengo
Ni he de tener nunca, no;
Las tres cosas más preciadas:
Tu risa,
 Tu alma,
 Tu voz.

DANZAS CRIOLLAS

DANAS CHOLAS

CABALLITO CRIOLLO

(GATO)

Caballito criollo
De corto tranco:
Te debemos la Patria
A vos y al gaucho.

Caballito criollo,
Pelo ordinario;
Los puebleros enantes
Te despreciaron:

Y hoy con candil te buscan
Por todos lados,
Con candil candilero
Te andan buscando.

En las batallas fuiste
Media victoria,
Y fuiste todo, todo
En la derrota.

II

Caballito criollo,
De sobre paso;
"Como seda en la boca"
Y anca de raso.

Correo de la Patria,
—Trote chasquero—
Con el jinete hacías
Un solo cuerpo.

Tu vida fué un galope
Sin ton ni son,
Y descansaste, muerto:
Dando *caderas*.
Para sillón.

Y aún sigues andando
De un lado al otro,
Ya que al morir dejaste
Botas de potro.

¡Aura!

Para los hombres
Botas de potro.

EL "CUANDO"

Me gustan los bailes criollos
Pero entre todos "el cuando",
Que es una mitad minué
Y otra mitad es un "gato";
Es Europa y es América
Juntitos y mano a mano.

"¡Ay, *cuando* será ese día;
Ay, cuando mi vida, cuando
Te vestirás para mí
Pero vestida de blanco!

Me gustan los bailecitos
Pero entre todos "el cuando",
Que es la gracia junto al fuego,
Que es un minué chamuscado
En las cenizas calientes
De los fogones de *Mayo*.

"CIELITO"
DEL DESENGAÑO

No hay noche como tu pelo,
Ni nube como tu enojo;
Ni aurora como tu boca,
Ni cielo como tus ojos.

Cielito cielo que sí,
Al verte pensé en el cielo,
Y al quererte me doy cuenta
Que sólo existe el infierno.

A las mozas como vos,
Sin alma y tan buenas mozas,
Dios las hizo distraído
O pensando en otra cosa.

Cielito cielo que sí
Y nube en el corazón,

Yo pienso que el mejor cielo
Es el celeste interior.

Todo el cielo está en tus ojos;
Fuera de tus ojos, nada:
En un globo de jabón
Hay más cielo que en tu alma.

Cielito cielo que sí,
Cielito cielo que no,
Tenés a Dios en la cara,
Y al diablo en el corazón.

El cielo es un bailecito
Que al bailar se va cantando;
¡Qué lindo sería vivir
Si la vida fuera un canto!

Cielito que nunca más
Lo bailaremos los dos;
Será consuelo cantarlo:
¡Yo y mi boca y... se acabó!

BAILANDO EL "GATO"

Rompieron los guitarreros
Un "gato con relaciones",
Y quedamos frente a frente
Comiéndonos con los ojos.

Con los brazos hacia arriba
Sonando las castañetas,
Yo te iba persiguiendo
Hasta redondear *la vuelta*.

Y tomabas con los dedos
Las flores de tu pollera,
Y chispeaban en el piso
Mis espuelas nazarenas.

Mientras mis pies zapateaban,
Iban bordando una *ese*
Las puntas de tus piecitos
Como mentando mi suerte.

Te dije las *relaciones*
Con una voz engolada,
Y en la tuya contestaron
Mañanitas y calandrias.

Después te saqué del brazo
Entre el "chis chis" de las *brujas*,
Y quedamos *enredados*
Como dos letras mayúsculas.

HUELLA

I

De mi rancho a tu rancho
Hubo un sendero,
Mas lo borró tu lengua
Con un "no quiero".

A la huella la huella
Desen las almas,
Como los angelitos
Se dan las alas.

A la huella la huella
Desen dulzura,
Como el agua y la orilla
Se dan la espuma.

De mi pecho a tu oído
Hay un camino

Dibujado en el aire
Por mis suspiros.

II

De mi frente a tu frente
Van mis desvelos,
Los llevan en su grito
Los teru - teros.

A la huella la huella
Desen las manos,
Como los pajaritos
Se dan sus cantos.

A la huella la huella
Desen palabra
De amarse mucho en cuerpo,
En cuerpo y alma.

De mi sangre a tu sangre
Corre el anhelo
De morir contemplando
El mismo cielo.

LOS AIRES ⁽¹⁾

Los aires son los suspiros
De los que mueren de amor;
Los aires son los suspiros
De los que mueren de amor;
Se juntan y son el viento,
Por eso el viento es canción;
Se juntan y son el viento
Por eso el viento es canción.

Estríbillo

Al aire los pajaritos
Volando una vuelta dan,
Y al volar cantando dicen:
La relación va a llegar.

(1) Versos para canto y baile, escritos al modo antiguo y popular.

Relación del hombre

Tengo ganas de decirte
Que te quiero y no me animo;
No es a vos que te lo digo,
Yo se lo digo a tu oído.

Estribillo

Al aire los pajaritos
Volando una vuelta dan;
Si es gustosa de este mozo
La moza va a contestar.

Relación de la mujer

Mozo que tiene vergüenza
De declararse a una china,
Debiera quedarse mudo
Para todita la vida.

Aura:

Al aire al aire y al viento
Vuela el ave que hizo Dios,
Y el ave al volar nos dice
Que este baile se acabó.

LA REFALOSA ⁽¹⁾

Primera

Anoche en un bailecito
Bailando me refalé;
Estos son gajes del querer.
Anoche en un bailecito
Bailando me refalé;
Estos son gajes del querer.
Y un refalón no es caída
Dice un refrán que sabés;
Estos son gajes del querer.
Y un refalón no es caída
Dice un refrán que sabés;
Estos son gajes del querer.

Caras.

Allá va un suspiro,
Vientito de amor;

(1) Versos para canto y baile, escritos al modo antiguo y popular.

Sale de una boca,
Busca un corazón.
Ese es el camino
Que ha de recorrer,
Ayer y mañana
Y siempre, así es...

Aura

A la refalosa loza
A la loza refalosa.
Estos son gajes del querer.

Segunda

Malaya el camino fiero
Que siempre me hace rodar;
Vivo pensando en vos nomás.
Malaya el camino fiero
Que siempre me hace rodar;
Vivo pensando en vos nomás.
Mozo que cae del caballo
Distraído debe andar;
Vivo pensando en vos nomás.
Mozo que cae del caballo
Distraído debe andar;
Vivo pensando en vos nomás.

Caras.

Allá va un paisano
—Trote y galopón—
Subiendo y bajando
Los cerros de Dios.
Muy acongojado
¡Ay! parece estar;
No mira el camino
Y va a refalar.

Aura

Que baile la refalosa
Y que la cante también.
Vivo pensando en vos nomás.



ÍNDICE

	Página
PRÓLOGO. — Víctor Pérez Petit	7
LA PAMPA. — Enrique Larreta	25
Romance de la guitarra mujer	27
Romance del viento blanco	30
Romance de la mujer inmortal	34
Romance de Horacio Quiroga	38
Romance para la muerte de Carlos Reyles y Pedro Figari	41
Romance de los hermanos Valiente	47
Romance de los soldados paraguayos	57
Romance de las tres sendas	61
Romance de Gabriela Mistral	73
Romance del curandero	75
Romance del agregao	80
Milonga para Gregorio Marañón	83
Romance del negro criollo	86
Romance de los cuatro candiles	91
Romance de la señorita estanciera	93
Romance de la tarde criolla	96
Romance de la curandera	98
Romance de la tardecita	100
Romance de la india vieja	101
Romance mojado de alba	103

Romance para el cimarrón de la madrugada	105
Romance del coleccionista	107

DANZAS CRIOLLAS.

Caballito criollo (Gato)	111
El "Cuando"	113
Cielito del desengaño	114
Bailando el "Gato"	116
Huella	118
Los aires	120
La refalosa	122

SE DIÓ TÉRMINO EL DÍA 15 DE
DICIEMBRE DE 1938 A LA IM-
PRESIÓN DE ESTOS ROMANCES,
QUE FERNÁN SILVA VALDÉS
ESCRIBIÓ EN LA COSTA DEL RÍO
DE LA PLATA. — ILUSTRÓ LAS
TAPAS EL NOBLE PINTOR MEL-
CHOR MÉNDEZ MAGARIÑOS.

Lucina

officinalis

Conchata

Living

Sediment

Living, killing & pyro

Testa burs

Canalis de rivelle

Specimens

Butterflies

Butterflies & burs

specimens
with
insects

